

Y en las nubes y entrañas de las aves
Todos del triunfo ven feliz presagio.

¡Ay! Así brilla lánguida bujía
Agonizante ya, con vivo lampo,
Y nunca luce más que al extinguirse
En la lóbrega noche el fuego fatuo!

VI.

La campaña.— Derrota y dispersión de los toltecas.— Topiltzin
logra salvar su vida.

Vienen a despertar de sueños tales
Al rey de su nobleza rodeado,
Veloz el paso, el rostro demudado
Y en el solo ademán nuevas fatales,

Del avanzado cuerpo fugitivos;
Y Huetnucatl y algunos capitanes
El malogro a contar de sus afanes
Llegan a poco, tristes aunque altivos.

Del rey la hueste al verles se alborota
De ira sintiendo al par vago temores,
Y agrúpase a escuchar los pormenores
Del rudo encuentro y la sangrienta rota.

Empuje aterrador hizo el contrario
Y en el tolteca halló firme muralla,
Y dióse cada día una batalla
Con ardor siempre igual y éxito vario;

Hasta que, al fin, del número vencidos
Del invasor que cual serpiente ondula
Y les cerca y constriñe, los de Tula
Quedaron prisioneros o tendidos.

¡Mas no fué sin honor! Terrible estrago
Hicieron al caer como alta encina;
De ambas huestes al pie de la colina
Forma la roja sangre un mismo lago.

En vano Huetnucatl, sereno y fuerte
Mientras del triunfo alienta la esperanza,
Solo viéndose ya, rota su lanza,
Con despecho y afán buscó la muerte.

Su estrella, más adversa que propicia,
Tan noble anhelo a coronar se niega
Porque del triste fin de la refriega
Él mismo a su señor lleve noticia.

Dábala como actor y fiel testigo,
Dábala aún, cuando del monte enhiesto
Guerrero anciano en atalaya puesto
Grita con ronca voz: «¡El enemigo!»

Y la desordenada muchedumbre
Se agita a un solo impulso, a la manera
Que al aquilón la rubia sementera
Desde el tendido llano hasta la cumbre.

Fórmase en cuadros la legión valiente,
En alas extendidos los honderos,
Y avanzan los de clava los primeros
Al rey y a Huetnucatl llevando al frente.

Choque de dos corrientes encontradas
Dió principio a la insólita contienda;
Vuelan doquier en confusión horrenda
El penacho y carcax, miembros y espadas.

¡Oh rey! ¡Oh pueblo! Si del mundo escoria
Os hizo aparecer del vicio un día,
Ha sido de león vuestra agonía
Y os ha sobrevivido vuestra gloria!

Veces cuarenta el sol el rudo embate
Del invasor os vió sufrir serenos
Siendo, aunque cada vez érais ya menos,
Reñido más y más cada combate.

Los jóvenes, cediendo a la fatiga,
Caen; pero las armas de sus manos
Reciben las mujeres, los ancianos;
Tecpancaltzin lidió junto a su amiga.

¡Valor que en vano en resistir se empeña!
Cuando el postrero sol bajó al ocaso,
Vencedor el contrario, abrióse paso
Como el alud que al valle se despeña.

Y a su venganza y gritería infandas
Se alzan del sueño de la tumba fría
Para ver acabar su monarquía
De los reyes las sombras venerandas.

Su descendiente, aquel en cuyas manos
Se desbarata el cetro antes glorioso,
Busca su salvación, ora en el foso,
Ora yendo por bosques y pantanos.

Escasa turba de vasallos fieles
En la azarosa fuga le acompaña;
Mas le persigue el vencedor con saña
Cual van tras el venado los lebreles.

Para darle una vez tiempo a que huya,
Con poca, sí, pero animosa gente
Huetnucatl al contrario haciendo frente,
Salvó la vida al rey, perdió la suya.

De Topiltzin no lejos, con innoble
Furor brutal apresan a su infante
Que con el ama huía, y al instante
Los bárbaros le estrellan contra un roble.

¡Padre infeliz! ¡Monarca sin ventura!
 ¡Mejor que conservar la inútil vida
 Te fuera en la campaña enrojecida
 Hallar entre los muertos sepultura!

De cansancio y terror la sangre yerta
 Miras desde honda cueva cómo parte
 El vencedor ufano, su estandarte
 A enarbolar en la ciudad desierta;

Mientras por sendas áridas y angostas,
 Para no presenciar nuevos horrores,
 Dispensos los antiguos moradores
 Van del distante mar hacia las costas.

VII.

Conclusión.

Su gente vencida viendo
 Xóchitl, fiada en su sino,
 Entre el desorden horrendo
 Al rey padre conduciendo
 Toma excusado camino.

Del puesto sol la luz clara
 Aun brilla en el horizonte;

Del vencedor la algazara
 Oyendo, al entrar al monte
 Con susto vuelven la cara.

Mas nadie les ha seguido,
 Y por quebras o pantanos
 Marchan sin hacer ruido,
 Atento siempre el oído,
 Sin desasirse las manos.

Dudando si en su temor
 La imaginación lo fragua,
 De un bosque en el interior
 Oyen a poco el rumor
 Que forma corriendo el agua.

Atravesando de frente
 El bosque, en aromas rico,
 Hallaron súbitamente
 El borde tajado a pico
 De un espumoso torrente.

De maleza y espadañas,
 Arboles, juncos y cañas
 Entrambas márgenes llenas,
 Dejan ver el agua apenas
 Del abismo en las entrañas.

Brinda a su través con paso
 No de peligros escaso

Al viandante campesino,
A la acción del tiempo acaso
Caído, el tronco de un pino.

Salvo se juzgó el monarca
Cuando con la vista abarca
El sitio y sus accidentes,
Que en toda aquella comarca
No es fácil que haya dos puentes.

Piensa con Xóchitl pasar
Y ese tronco secular,
Con su bordón por palanca,
De la otra orilla empujar
Al fondo de la barranca.

Si el contrario le ha seguido
Burlado está sin remedio,
Pues se verá detenido,
El tronco una vez caído,
Quedando el abismo en medio.

En este plan confiando
Y a la fatiga cediendo,
Fuerzas cobrar esperando,
Siéntase en el cesped blando,
Xóchitl otro tanto haciendo.

Y de peligro inminente
Sin hallar leve barrunto,

Teniendo a la mano el puente,
Al son de la honda corriente
Así se hablaron un punto:

TECPANCALTZIN.

«¡Quién dijera, Xóchitl mía,
Que el cielo nos reservaba
Tan desventurado día,
Y el ver nuestra monarquía
Vencida y rota y esclava!»

XÓCHITL.

«Fuera un bien, señor, la muerte;
Mas en dolor tan prolijo
Angustia siento más fuerte,
Pues ignoramos la suerte
De Topiltzin nuestro hijo.

«¿Proscrito acaso y oculto
Como nosotros se halla?
¿Del vencedor el insulto
Le alcanzó? ¿Queda insepulto
En el campo de batalla?

«Harto en mí castiga el cielo
Lo que al amor paternal
Pagué en abandono y duelo

Cuando apartarme su anhelo
Fué del sendero del mal!»

TECPANCALTZIN.

«¡Calla, Xóchitl! ¿Así evocas
El recuerdo de esos días
De dicha y culpas no pocas?
¡Fueron nuestras alegrías
Si no criminales, locas!

«Abrí a mis pueblos la fuente
Envenenada del vicio
Con mi conducta imprudente,
Y a todos al precipicio
Nos arrastró la corriente.»

«Hoy, achacoso y anciano,
Del vencedor inhumano
Huyo ante el furor impío:
Sólo me tiende la mano
Romordimiento sombrío.»

XÓCHITL.

«Para ti lo soy ¡es cierto!
Pero con él mi ternura,
Que con los años no ha muerto,
Como del trono en la altura
Te acompaña en el desierto.»

Hablaba aún, su mejilla
Sulcando lágrima ardiente,
Y extraño rumor creciente
Creyó escuchar en la orilla
Que no es el son del torrente.

De hojas secas el crugido,
Como cuando el pie las quiebra,
De entrambos llega al oído.
¿Ráfaga de viento ha sido?
¿Se acerca astuta culebra?

Del agonizante día
En la espesura sombría
La claridad entra apenas;
De miedo Xóchitl sentía
Su sangre helarse en las venas.

Al anciano á huir conjura
En sus movimientos tardo,
Y levantarle procura
Cuando, de su hombro a la altura,
Silbando atraviesa un dardo.

Súbito espanto le embarga,
Mas darle imperio rehusa;
Al rey atónito carga,
Y oye a distancia no larga
De voces mezcla confusa.

Gana con paso ligero
 El atravesado pino
 Y en equilibrio certero
 Avanza; mas de continuo
 Se está cimbrando el madero.

Sudor de angustia bañaba
 A Xóchitl manos y frente,
 Y el infeliz rey temblaba
 Cuando en sus brazos llegaba
 Casi a la mitad del puente.

Su terror toca al exceso,
 Que el tronco añejo se blande
 Más y más al rudo peso,
 Y va el peligro con eso
 Cada vez siendo más grande.

A la orilla abandonada
 Salió la turba enemiga
 Tras el prófugo lanzada:
 Fué tardía su llegada,
 Inútil fué su fatiga.

Depone flechas y mazos,
 Que, con estrépito hondo
 Roto el pino en dos pedazos,
 Xóchitl y el rey en sus brazos
 Van del abismo hasta el fondo.



EMIGRACIÓN DE LOS AZTECAS

HACIA EL ANAHUAC.

Por quebradas y llanuras
 Que arena ingrata alfombra;
 Sin fuentes ni verdura
 Ni árbol de amiga sombra,
 Habita pueblo innúmero
 En el país de Aztlán.

Las tumbas veneradas
 Tiene de sus mayores,
 Y en sólidas moradas
 Arrostra los rigores
 De ardiente sol y el ímpetu
 También del huracán.

Mas a las veces sueña
 Con fértiles campiñas
 En que de parda peña